

## Gentilina, aparición de un viejo célibe; Lord Spleen (relatos)

---

*Gentilina, appearance of a celibate old man; Lord Spleen (short stories)*

GIOVANNI FALDELLA  
(Saluggia, 1846 – 1928)

RESUMEN: *Gentilina. Fantasima di un vecchio celibe y Lord Spleen* se publicaron en *Figurine* (Milán, Tipografia Editrice Lombarda, 1875) en la que reunió relatos que habían aparecido ya dispersos en diferentes revistas y diarios. Traducción al español de Carlotta Bonsegna.

Palabras clave: Giovanni Faldella; Gentilina; Lord Spleen; Relatos; Scapigliatura

---

*Abstract: Gentilina. Fantasima di un vecchio celibe and Lord Spleen were published in Figurine (Milan, Tipografia Editrice Lombarda, 1875), a collection of short stories already appeared in different magazines and newspapers. Spanish translation by Carlotta Bonsegna*

*Keywords: Giovanni Faldella; Gentilina; Lord Spleen; Short stories; Scapigliatura*

Como muchos de los autores de su generación Giovanni Faldella (Saluggia, 1846 – 1928) completó estudios de jurisprudencia, llegando a trabajar como abogado durante cierto tiempo en Turín. Fue allí, en el círculo literario Dante Alighieri — centro del grupo que más tarde Gianfranco Contini denominaría la scapigliatura piemontesa en su seminal *Racconti della scapigliatura piemontese* (Milán, Bompiani, 1953)—, entró en contacto con Camerana, el dramaturgo Giuseppe Giacosa (especialmente recordado por sus tres libretos para Puccini *La bohème*, *Tosca* y *Madame Butterfly*) y Roberto Sacchetti, entre otros. Autor de una incipiente y notable obra periodística, de su labor en la prensa escrita destaca su trabajo en cabeceras como la efímera *Il Velocipede*, la *Gazzetta piemontese*, la *Rivista minima* di Salvatore Farina o, en especial, *Serate italiane*, donde publicaría los textos más tarde recogidos en *Figurine* (1875), colección de bocetos de ambiente provinciano repletos de dialectalismos que se ganaron el favor de Carducci. Más largo será *Un viaggio a Roma senza vedere il papa*, compilación de fragmentos ya publicados en el diario *Il Fanfulla* sobre sus impresiones tras un viaje a la ciudad de Roma, al que siguieron títulos como *Roma borghese* (1882) o la trilogía *Un serpe* (1881-1884), más cercanos al naciente verismo. A partir de 1880, su progresivo empeño político fue en detrimento de su producción literaria, pues el resto de las obras que publicó acabaron en gran medida moviéndose irremisiblemente en la línea del alegato político y patriótico.

\*\*\*

### **Giovanni Faldella, *Gentilina, aparición de un viejo célibe.***

A la unión en matrimonio de mi primer amigo, el abogado Luigi Muggio, con la amable Señorita Erminia Adami, celebrada en Roma el 26 de noviembre de 1874.

«Sin mujer al lado  
No puede el hombre ser en verdad perfecto.  
Ni siquiera sin ella se puede estar sin pecado»  
Ariosto

En la llanura de Vercelli campa un viejo castillo paralelepípedo, y tan paralelepípedo que parece un dado lanzado durante un juego de gigantes. Sus fachadas son negras con números vítreos, los cuales corresponden a las ventanas y balcones. Es conocido como el castillo de Moriglia.

Desde el balcón oriental se ven las casuchas bajas del pueblo que se aglomeran a los pies del castillo y encima, y después de ellas, una superficie ininterrumpida que se hunde en el azul. Desde el balcón orientado al sur se ven la lámina de un río y luego las gordas masas de las colinas del Monferrato; desde los balcones de poniente y de septentrión una llanura rayada por estrías y cuadrículada con moreras que va a colisionar contra las raíces de las

montañas.

A este castillo se fue a residir el Conde Oscar Azzo de Moriglia.

Era viejo, pero seguía teniendo una constitución firme, seca, intacta. Su ropa estaba cortada con toda exactitud, como la de quien tiene la costumbre de vestirse con mucho estilo. El sastre más exigente y el escultor más refinado no habrían sido capaces de realizar un corte o un pulido mejor en la persona del conde.

Nadie sabía nada acerca de la vida del conde. Sin embargo, por más que alguien haya llevado una existencia misteriosa ¡siempre se encuentra algún ayudante o alguna sirvienta que se entera de los secretos de una vida dada! Pero en este caso ni siquiera el portero del Palacio Moriglia de Turín, que se rumoreaba conocía las cosas más escondidas del Conde Oscar, ni siquiera él podía relatar con exactitud la historia y la novela de esa existencia.

El Conde Oscar se marchó de Turín, sin revelar a nadie, ni siquiera a su portero, adónde se dirigía.

Así que algunos decían que se fue a París, otros a Rusia, otros a la caza de la pantera en las Indias.

Cuando aún era joven, había heredado un nombre ilustre y una fortuna millonaria que derrochó por todo el mundo durante treinta años.

Mas llegado a cierto punto de su vida, se sintió herido y atravesado por un misterioso cuchillo, desollado y descarnado por un poder invisible. Le parecía que la ropa que llevaba encima raspaba su carne viva.

Su vida se hizo dolorosa y repugnante. Hubiera querido destrozar las mesas taraceadas, las campanas de los relojes de péndulo y todos los adornos más preciosos de sus habitaciones; hubiera querido romper las cabezas de todas las mujeres que se le presentaban enfrente.

El único remedio a su dolor raído le pareció ser el de regresar al lugar donde nació, donde nacieron sus padres, y donde debería hallarse el retrato y la ambrosía del recuerdo de su madre; así que desde Calcuta, en el año mil ochocientos setenta y tres, el Conde Oscar se fue a su castillo de Moriglia en el Piamonte.

\*\*\*

Aquí llegó callado, espectral, encerrado en su elegancia de potentado.

Los lugareños le abrieron el paso, temerosos de molestarlo. Sólo el médico encargado, aficionado a las luchas políticas y administrativas, en cuanto le vio regresado a su gallinero, pensó en convertirlo en Consejero municipal como oposición al párroco, y luego en Consejero provincial que pusiese a expensas de la Provincia la Chiatta de Moriglia, y luego también en diputado contrario a los impuestos, a las obras públicas y a las fortificaciones.

Pero el Conde fue capaz de permanecer tan refractario que las miras políticas y administrativas del médico encargado no lograron llegar hasta él.

El Conde Oscar esperaba hallar algo de paz en su viejo castillo; pues sus paredes, negruzcas, mohosas, babosas y relucientes por los pasos de culebras y lagartos, los historiados y altísimos techos, el crujido de la madera carcomida y el silencio de amianto de las amplias habitaciones vacías debían aliviar, a la manera de un remedio natural, los exasperados martirios de su alma.

Él se deleitaba escuchando la resonancia de sus propias pisadas que, a través del polvo inerte pegado a los muebles y tapices, retumbaba por todo el castillo deshabitado. Con gusto se sentaba sobre sillones de cuero adornado y estampado y con apoyabrazos muy altos; se acurrucaba en ellos como en el interior de un confesionario. Y cada vez más a menudo

acababa por quedarse largos ratos en la galería de retratos de sus antepasados.

Sin embargo muy de pronto, la línea horizontal de personajes que rodeaba la habitación le causó cierta amargura.

Así pues, quiso convertirla en una pendiente que bajase verticalmente del techo como un venero de agua plomiza propia de una cueva de aspecto lluvioso. Mas se dio cuenta de que la altura de la pared no era suficiente para esa cascada de retratos, sí que hizo demoler el techo de la galería de modo que, de dos largos salones superpuestos uno sobre el otro, obtuvo un único y profundo salón parecido al vestíbulo de un molino o a una residencia quemada por un rayo, un escondite de falsificadores de dinero. De este modo, en la pared de ese salón hizo enganchar una columna de retratos que, partiendo del techo, descendía hasta el punto en el que se halla la distancia entre la altura de un hombre y el suelo. En medio de la corriente de dichos retratos destacaba una cadena de cuyos eslabones colgaban dos figuras: un hombre y una mujer, o mejor dicho un conde y una condesa de Moriglia.

Los condes más antiguos, férreos y enjutos, estaban más cercanos a la cornisa, y las primeras condesas que se hallaban a sus lados se mostraban severas en su rostro y vestuario; al descender, aparecían y aumentaban los encajes, los bordados y otros adornos; los rostros se volvían más regordetes, las barrigas más voluminosas, las mangas más anchas, hasta llegar a la blancura y la hinchazón blanda y gorda típica del siglo diecisiete: figuras semejantes a la crema batida, mojada con rosoli. Por ambos lados de la corriente principal de vez en cuando sobresalían retratos de arzobispos y generales, cadetes de la familia, sin ramificaciones.

Las grietas del albayalde rosado que se veían en los pechos de las damas escotadas parecían manchas de sangre seca.

Debajo de esa columna desbordante de figuras, el conde Oscar se paraba todos los días, a una hora determinada, con los brazos cruzados. Él, hombre de frac negro y cuellos almidonados decimonónicos, se deleitaba tenebrosamente actuando como cariátide de las antiguas generaciones, austeras y ampulosas, de las que él mismo provenía.

Le gustaba llevar sobre sus escuálidos hombros toda la pesada carga de hierro y de muselina amontonada, propias de sus antepasados y bisabuelas.

Pues él se consideraba en ese momento como el vértice de una gran estirpe: se sentía como el punto de llegada de una corriente de sangre gentil que terminaría con él.

Pero... ¿por qué él no se había casado?

¿Por qué no había añadido un nuevo anillo a esa misma cadena? ¿Por qué no estaba el retrato de él, con frac negro y cuellos almidonados, unido al de una noble mujer, la suya, envuelta en crinolina?

¿Quizás porque consideraba el hábito de nuestro tiempo demasiado miserable, indigno de matrimonio y de un retrato, indigno de estar bajo los uniformes herrumbrosos y prolijos de sus antepasados?

¡No! No se casó por otra muy sencilla razón.

\*\*\*

En el mundo actual, además de las profesiones de virtud de las que hablan los hombres en los libros, en los parlamentos y en otros lugares representativos, los mismos hombres suelen describir una profesión del vicio durante ciertas conversaciones amistosas y, sobre todo, a la hora de terminar las cenas. De este modo, la eterna dualidad del bien y del mal se ha

repartido el mundo: a la ficción del bien corresponden las bibliotecas y las Cámaras Nacionales; a la realidad del mal pertenecen las tabernas y lugares afines. Para ejemplificar esto, casi ningún escritor se atrevería, con un libro, a declararse inmoral y escéptico con respecto a las mujeres; y de la misma manera casi ningún escritor que se hallara en una taberna entre un grupo de amigos, en la que se airean aventuras amorosas, se atrevería a hacerse pasar por un fiel creyente y por un tonto, siempre con respecto a las mujeres, renunciando a inventar y a divulgar su pecaminosa aventura.

Ahora bien, a veces es suficiente con oír una profesión del vicio realizada en privado, y a la vez como una burla por parte de una persona acreditada, para contaminar el alma de un joven.

Eso fue lo que exactamente le pasó al Conde Oscar.

A los dieciocho años, después de una comida a base de trufas y vino de Borgoña, había escuchado a un pequeño grupo de personas importantes lo que el Conde Amelito, su tío, uno de los diplomáticos y escritores más brillantes del Piamonte en ese entonces, estaba contando.

El tío conde Amelito relataba unas cosas picantes, tan picantes que ruborizarían hasta el manto al Diablo, el cual, desprovisto de vello, como ya sabemos, está revestido con muchas lengüecitas de fuego infernal.

¿Es cierto? ¿Acaso lo es? Le preguntaban los oyentes al conde Amelito, poniéndose muy animados y curiosos.

¡Vaya! Contestaba en serio el Conde Amelito. «No soy tan insensato como para enviar a otro cazador las perdices que vengan a mi camino...».

La inmoralidad de la sobremesa declarada entonces por el Conde Amelito, hizo que el Conde Oscar, su sobrino de por vida, se volviera, pues, inmoral y soltero.

Al recibir la herencia de su madre, recordó lo que había oído del gran hombre que era su tío; así que se subió a la grupa de sus muchos millones y corrió alrededor del mundo cazando tantas perdices como pudo. Habría preferido tragarse una piedra en lugar de rendirse esclavo de por vida a la fe de una mujer.

Así que un día, después de ver la llegada de muchos pelos plateados en su barba, se dio cuenta de estar terriblemente solo y fue asaltado por una rabiosa melancolía; para curarla se vino a su antiguo castillo de Moriglia.

\*\*\*

Aquí, al atardecer, solía apoyar sus codos en las barandillas de sus balcones.

Una tarde, desde el balcón de poniente, contemplaba las moreras en el campo.

A principios se las veía aisladas una por una, proyectando sus sombras sobre el color del café tostado de la tierra fértil. Entonces se amontonaban para luego atrincherarse cada vez más hasta formar una sola mancha parda al pie de los Alpes.

Entonces el Conde se dijo a sí mismo: «Esas moreras no saben que a la vista de quien las mira desde lejos parecen constituir una única familia. Lo mismo pasa a todos los hombres que, sin saberlo, pertenecen a la familia del filósofo que los mira desde arriba. Así pues, otras familias de diferentes hierbas y plantas se encaraman sobre la montaña; una cede el paso a la otra hasta encontrar piedras yermas. Entonces quizás a los ojos de Dios los soles y las estrellas sean familias. Y todas estas familias se perpetúan mediante el matrimonio y el amor. ¡Sólo yo, pobre Conde Oscar, pobre viejo, me he quedado sin familia, sin pareja, sin amor!».

Un aleteo de pájaros pasó por debajo del balcón de poniente. Ese aleteo le provocó al

Conde un escalofrío en su pecho, así que desde el balcón de poniente se trasladó al balcón orientado hacia el sur.

Entre los troncos de los sublimes álamos blancos se distinguían unas robinias, y luego destacaba la lámina del río que reflejaba las colinas melancólicas y sombreadas al atardecer. Ante el río se abrían las parcelas de tierra donde la vegetación estaba cortada por manos hábiles y en los caminos se veían campesinos, terneras y arados que volvían al pueblo y parecían, vistos desde el balcón, bichos buceando en serrín. Sin embargo, ¡ellos representaban la vida! Mientras, por la sangre del conde circulaba la tenebrosidad de la soledad y del aburrimiento. Una bandada de golondrinas pasó por debajo del balcón del lado de mediodía; en un momento dado, se pusieron a chirriar juntas como si lo hicieran a propósito y casi chocando con los brazos del conde. Ese chirrido le hirió a la manera de los vagidos de los niños.

Entonces el conde se fue al balcón de oriente. Los tejados de las casuchas rurales eran del mismo color que de los ratones de campo. Tenía los ojos empañados de lágrimas y a sus ojos acuosos aquellos tejados parecían moverse alrededor del castillo. Parecían ratas bailando y saciándose hambrientas en torno a un saco o una criba de harina.

Huyó al cuarto balcón, el del norte.

En ese punto, todo un panorama se extendía a su vista. Una hilera de alisos llevó sus pensamientos al cansancio.

Luego apareció a lo lejos la humareda de una locomotora de vapor, que recordaba un lento cortejo de sábanas fúnebres atravesando una superficie de tierra.

Anocheció. Por último, llegaron los murciélagos tanteando en el aire de manera ciega, babosa y muy rápida.

El Conde Oscar se alejó del último balcón, visitó el salón de retratos familiares y se fue a dormir, pero no pudo cerrar los ojos durante toda la noche. Oía en su cuarto oscuro el aleteo de los gorriones, el chirrido de las golondrinas y el ciego, baboso y muy rápido revoloteo de los murciélagos, además del hambriento movimiento de los ratones. En su cama, le parecía tener los brazos apoyados en las barandillas del balcón. Por debajo de sus brazos pasaban esos volátiles y nunca quietos animales. Era como si tuvieran cabezas de mujeres conocidas por él a lo largo de su vida, tenían ojos de llanto, desesperación y resentimiento, ojos que le habían injuriado en los rellanos, pequeñas habitaciones y alcobas lejanas. Y él no había cogido ni podría coger ya ninguna de aquellas cabezas de mujer. Había violado la Ley que la Naturaleza asigna a los hombres y a las palomas; la fe a una compañera. Era infeliz, estaba solo y destrozado y sabía que, por haber pecado contra la Naturaleza, ya no había más remedio.

Sentía entre sus brazos las curvas femeninas, creadas por la propia mano de Dios Todopoderoso, que se le escapaban para siempre. Veía a unas mujeres echadas en el suelo que él ya no podría acudir a levantar. Oía los vagidos de niños que ya no podría consolar. Sentía en sus manos las frías lágrimas que le habían dejado, atacándolas con un beso, doncellas hermosas y mujeres abandonadas, entre otras, durante una despedida final. Luego esas lágrimas se le escapaban de entre las manos; subían y goteaban sobre él desde el techo, como desde la bóveda de una cueva húmeda y consumida; golpeaban sus oídos y formaban una especie de yema de huevo en ellas, igual a como lo hacen las arañas durante sus visitas nocturnas.

\*\*\*

Al día siguiente el Conde Oscar estaba otra vez en el balcón de poniente. El gran disco solar, la hostia santa de los poetas, descendía desde la cima de una montaña lentamente hacia Francia. El sol bajó, se hundió, desapareció: pero sus rayos seguían corriendo por los perfiles de las montañas para refinarlos con nuevos tijeretazos nítidos y frescos, perfumados tras el corte. A través del contraste de los bordes relucientes, los Alpes Occidentales se alejaban del cielo: eran oleadas y marolas que progresaban en la superficie espumando con su dorso ardiente. Las montañas del norte, desprovistas de perfiles solares, casi se confundían con el cielo: eran un leve enfrentamiento de azules, un dulce duelo entre el azul claro de una paloma y el del almidón.

De repente el Conde Oscar vio aparecer en la cumbre de una montaña, en donde había bajado el sol; vio aparecer, en lugar de la estrella hundida, el milagro de una doncella, una verdadera doncella, real, plenamente manifiesta, que se podía ver de manera tan nítida a como si hubiera estado a dos brazos de distancia.

El Conde Oscar, no obstante la distancia kilométrica, se sintió impulsado magnéticamente a dar un abrazo y un beso a esa chiquilla.

Era una doncella pulcra y compuesta de rocío, de rosas y de brillos de sol.

Pero... ¡Qué espectáculo tan extraño! La doncella abandonó la cumbre de la montaña y se acercó al balcón del conde. Él, asustado, escapó al balcón que daba al sur; pero incluso allí encontró a su doncella, a aquella maravilla, erguida sobre las colinas y espejándose en las aguas del río. Sobresaltado, se precipitó al balcón de oriente, e de nuevo allí vio a la doncella; la vio como una inmensa estatua de la Virgen cuyos pies estaban colocados sobre una media luna de plata entre las casuchas del pueblo.

Así que huyó al último balcón del norte y vio a la doncella caminando hacia él sobre la humareda de la locomotora de vapor, para luego aparecer sobre la hilera de alisos, suficientemente grande como para enloquecer su cerebro.

Entonces el conde quiso esconderse en la galería de retratos. Y de nuevo aquí encontró a su aparición tranquilamente erguida en el medio de la amplia habitación. Conversaba con una dama del siglo dieciocho, pomposa, vaporosa y fragante entre sus lazos y brillos empolvados como si hubiera salido de la Mañana de Parini. Esta última parecía la madre difunta del Conde Oscar.

La doncella estaba vestida de blanco perlado: tenía un rostro de cielo, el pelo rubio, paradisiaco, y una corona cristalina en la cabeza. Era una belleza armoniosa, delicada y transparente. Era una idea que parecía expresar miles de ellas. Decía: Yo soy diferente a las demás. Decía: Oscar, ven a mí, no llores, no peques. ¡Sé bueno! ¡Sé feliz!

La madre del conde Oscar le puso los labios en la frente y le musitó: ¡Mi hermosa expósita!

El conde se movió para acercarse a esas fantásticas mujeres, mas ellas desaparecieron entre los retratos de familia. Un escalofrío de luz iluminó la cadena de retratos y estos crujieron como si el muelle de un dedo de acero hubiera levantado forzosamente sus extremidades para luego dejarlos caer, golpear y resonar en la pared.

El Conde miró fijamente el retrato de su madre apreciando que éste se encontraba en su lugar y la figura no se había escapado como sucede en las novelas alemanas.

El Conde Oscar permaneció durante mucho tiempo inerte y ofuscado; estuvo a punto de caerse por la lisa y resbaladiza esfera que revolotea dentro de la duda entre el sueño y la

realidad. De repente, llegó algo como una mano y una espada, para limpiar la atmósfera y sacarle el delirio fuera de su cabeza. Entonces, durante un resplandor de luz vio grietas y agujeros de carcoma en los marcos dorados, manchas húmedas y grasientas del techo y cortes polvorientos de los tapices, en toda su realidad árida e insulsa, desprovista de humo y vida, que produce el desvarío.

\*\*\*

La verdad era que, unos pocos meses antes de morir, la madre de Oscar le había dicho: «Haz feliz a tu madre y a ti mismo casándote con tu primita Gentilina». Gentilina era una pequeña marquesa, severa y muy dulce, a la que hasta el pretendiente más hábil se acercaba con sumisión.

Parecía un objeto puesto en un altar, rodeada de esa sombra mística y nebulosa que tienen los tabernáculos de los santos. El joven más irreprochable que hubiese acabado de tomar el sacramento de la Eucaristía aún habría sentido la necesidad de dar otra ablución a su alma al acercar su silla a la de ella. Gentilina asustaba tanto a los audaces y frívolos, quienes pretenden el monopolio del enamoramiento, como a los escépticos que se jactan y se obligan a no creer y no amar nunca.

Ella atraía hacia una órbita de pureza y familia incluso a aquellos que nunca habían pensado en la pureza y que hasta entonces habían estado sin familia. Oscar se sintió atraído por ella y, cuando se le acercaba, parecía recibir en su alma una hoja de luz que lo iluminaba todo.

Pensó, suspiró, soñó con un beso de ella al igual que los niños piensan, suspiran, sueñan con el Paraíso. Pero los ecos de las ostentaciones del Conde Amelito disiparon el atractivo de la pequeña marquesa y Oscar, tras darle un empujón a su propio espíritu, huyó a viajar lejos para romper los lazos y escapar tontamente de los peligros de la fe, del amor y de la familia. Su madre murió sin disfrutar de aquella felicidad tan anhelada. Gentilina murió y Oscar, de manera inepta, empezó así a vagar por el mundo.

\*\*\*

Cuando ya no era posible para el Conde Oscar tener a Gentilina en carne y hueso, él la volvió a ver como una aparición; y apasionadamente se dijo a sí mismo:

«¡Si pudiera recuperar mi juventud! ¡Si aún siguiera siendo posible que Gentilina fuese mía! Ni un ejército, ni siquiera la más fuerte de las máquinas podría separarme de ella. Porque en este mundo hay mujeres y mujeres: y entre mujer y mujer se encuentra en medio el mar. Hay mujeres perversas que nos hacen perder la fe y el ideal; y hay mujeres de toda pureza, bondad y familia que secan, extinguen y neutralizan el vicio que las rodea tal como la gracia divina destruye el pecado. No existe un espíritu del mal tan feroz y vigoroso que se atreva a dirigir sus tentáculos hasta el suave cabello de estos benditos ángeles. Y si volviera a ser joven, si realmente tuviera en mi castillo el brillo de los brazos y del beso de Gentilina, creería en el bien y haría el bien, porque ella misma sería una recompensa y una confirmación de Dios. Podría convertirme en un mártir de mi fe, yo, que nunca he hecho nada por el mundo y ni siquiera me he molestado en inscribirme en las listas de electores políticos y administrativos. Y para hacer el bien, para dar trabajo, escuelas, dignidad, puentes y justicia a estos pobres que pululan en los tugurios, yo, que hasta ahora he sido un jurado y temerario enemigo de las molestias, desafiaría los inconvenientes y furores y mostraría mi pecho a los

cuchillos de los calumniadores asesinos... Y haría incluso más... Yo, que he viajado como un indolente obtuso, transportando mi aburrimiento ilimitado y diseminando mi tétrica bilis por todo el mundo... Sí, aun aquí, en mi interior, siento una imagen de belleza que ondea en el páramo de mi cabeza, entre el idilio de Teocrito, que estudié en la escuela, y las comedias de Coppeé, que vi representar en el Odeón de París... Pues bien, siento que si hubiera ligado la sonrisa de Gentilina a mi vida, no habría desacreditado ni estropeado esa clase de belleza, sino que la habría refinado en mi mente y luego habría intentado difundirla a gusto de mis semejantes. Y siento que ahora, tan sólo por una caricia de ella, de la que tengo sed, quizás adquiriría tal fuerza y tal valor como para llegar, con esa imagen, muy lejos en el futuro... Por el contrario, sin boda, sin Gentilina, yo no tuve y no sigo teniendo ni ganas ni energía como para hacer el bien ni tampoco nada en absoluto. Me desagrada la raza de mis semejantes, con la que ya no tengo ninguna afinidad y en cuyo medio me encuentro aplastado. Siento, porque soy un viejo soltero, que si fuera profesor disfrutaría suspendiendo diabólicamente a los escolares, hijos de otras personas. Yo no advierto ninguna culpa por intoxicar e infectar a las crías de estos campesinos sometidos a mí, rodeándolos, como efectivamente hago, de los humos y filtraciones procedentes de mis arrozales próximos a sus viviendas. Por una familia, en nombre de una familia, siento que habría guardado y aumentado cuidadosamente las riquezas de mi linaje; y en cambio, sin familia, sin amor, sin Gentilina, dejé insensata e ignominiosamente que el patrimonio de mi padre y de mi madre fuera roído por los usureros y por las tristes... Con todo, aunque diezmada mi fortuna, ya siento el vestigio y la multitud de mis jóvenes primos, quienes me rodean, silenciosos y de puntillas, esperando que no les descubra, olfateando mi cadáver y las reliquias de mi herencia».

\*\*\*

Desde aquella tarde, a última hora del día, el fantasma de Gentilina siempre aparecía frente al Conde Oscar cada vez que éste se asomaba a uno de los cuatro balcones del castillo; porque ella siempre venía a él desde todos los cuatro puntos cardinales. Luego la encontraba todas las noches erguida en la galería de retratos, vestida de blanco, mientras recibía en su frente el beso de su madre, engalanada como un pavo real del siglo dieciocho.

El Conde Oscar, junto con el fantasma de Gentilina, siguió viviendo en su castillo de Moriglia cuatro meses y ocho días.

Durante aquel tiempo, además de la visión de su gentil fantasma, siguió oyendo por la noche en su habitación el aleteo de los gorriones, el revoloteo de los murciélagos, el silbido de los ratones y el chirrido de las golondrinas, sonidos parecidos a vagidos de lactantes.

Y para alejar esos hechizos, no encontró otra manera que la de enviar enormes y anónimas cantidades de dinero por correo a las mujeres que aún vivían que había conocido. Esas criaturas ya se habían convertido en una masa de bigotes, arrugas y pergamino, atacadas por corrosivos y ácidos; al principio actrices y luego guardianas del vicio.

En aquellos días el Conde había encargado a un giro postal el silencio de cierto remordimiento; al atardecer, apoyado en la barandilla de uno de sus balcones, ineludiblemente recibía por el aire helado y cortante el recibo de las sumas anónimas que había enviado.

Aquellos recibos eran las carcajadas de sarcasmo que la gente, por cortesía hacia el conde, disimulaba en cuanto apareciera él. Eran befas entonadas desde lejos, eran fastidiosos gritos de cuco que trata de criar a sus polluelos en nido ajeno.

Ninguna cantidad de dinero que enviara aquí y allá pudo liberar al Conde Oscar de esas hechiceras que le habían afectado el día y la noche, pues hasta su último aliento siempre permanecieron en sus oídos ciertos llantos de bebés y algo semejante a pequeños huesos chirriantes danzó delante de su frente.

El Conde Oscar dejó su castillo de Moriglia y este mundo, dejando su patrimonio desgarrado entre las viejas brujas, a las que, durante su vida, enviaba el dinero anónimo, y dejando por testamento a los jóvenes del público el lema bíblico: ¡Ay de aquel que cae sin tener a nadie que lo levante!

## Giovanni Faldella, *Lord Spleen*

*Al gran amigo Luigi Egidio Nicetti, diletante experto de literatura, abogacía y cultivo de pollos, esperando que no se convierta en emérito.*

Lord Spleen está malhumorado: gracias a su medio millón de renta, ha probado todo lo que el arte culinario de la nueva civilización puede ofrecer de lo más variado y exquisito al paladar de un glotón, de las tostas alemanas a las lasañas lombardas, de las lenguas de papagayo a las crestas de gallo, del jugo de anguila con salsa de tomate hasta la salchicha de canarios. Un caballero del siglo dieciséis podría haber dicho de él: “las brevas le fastidian”.

En cuanto a vinos, ha bebido a tragantadas grandes cantidades de burdeos y champán e incluso se ha quemado la lengua saboreando los licores más endemoniados de Rusia.

Ha oído a Patti gorjear con su ágil voz de soprano y le ha regalado un brazalete de diamantes; ha llenado sus oídos con la gran voz de Alessandro Bottero, que retumba como un cañón en clave de bajo y le ha regalado una tabaquera de plata. Hizo unos viajes muy peligrosos; corrió el riesgo de morir por congelación en Groenlandia, se vio obligado a permanecer en la cama a causa de una insolación en Brasil y permaneció dos meses en Madeira, donde el clima es tan suave que incluso los tísicos de tercer grado pueden tratar de recuperarse allí. Hermoso de aspecto, ha conocido a las mujeres más encantadoras de este mundo, a la morena criolla con los labios atractivos y carnosos, a la alemana de hombros de alabastro y trenzas hirsutas, a la severa circasiana erguida como una columna, a la italiana lánguida como nuestra propia raza, decadente y procaz en su languidez.

Lamento haberlo dicho tan fuerte. ¿Qué más le queda a Lord Spleen por disfrutar y experimentar en este mundo? ¡Puaj! Matarse por matarse. Por todo lo visto, una vez considerado, barajado, examinado y discutido, acepta las condiciones. A su propio modo extravagante, escribe una carta de despedida a su última mujer amada, empolvando las palabras con arena de gemas trituradas, y deja por testamento sus pertenencias a los diez primeros que se maten dentro de dos meses después de la muerte del testador. Luego se viene rumbo a Italia, la tierra clásica de los estiletos y de los venenos.

Bajado como un baúl por el Moncenisio, aún mediante sistema Fell, tan pronto como llegó a Turín ya estaba reservando al jefe de estación un vagón-salón para ir a Venecia. De hecho, a la mañana siguiente, para llegar a Venecia con más rapidez, sube a uno de esos convoyes-tortugas que paran en cada hueso de hormiga, es decir, en cada pueblo. Pero no importa; él ha pagado su billete y tiene derecho a disfrutar pausadamente de los suaves canapés en su elegante vagón lleno de espejos y de vidrieras de colores. Se acuesta en los susodichos canapés y se duerme una ligera siesta, susurrando de vez en cuando entre dientes: “¡Matándome pronto, qué gran emoción!”

“¡San Bartolomeo! ¡San Bartolomeo! La voz del guardia del convoy grita: “¡San Bartolomeo!” o el nombre de algún otro santo que termine en eo.

Lord Spleen se despierta, se frota los ojos... y baja a San Bartolomeo sin ni siquiera molestarse en preguntar a cuántos cientos de kilómetros está de Venecia.

Tras recorrer la calle principal, que era la única del pueblecillo, se para ante el primer cartel de taberna, la del Pelicano, y, tras conseguir una pequeña habitación en el desván, acampa allí, sacando de su maleta un estuche de pistolas, cada una de las cuales exigía a la otra un mayor brillo en la culata. Las repasa todas cuidadosamente, frunciendo la nariz al encontrar algún defecto, y finalmente elige dos diciendo: “¡Oh, éstas darán gran emoción!”.

Así que apunta con una al agujero de su oreja derecha y la otra al agujero de su oreja izquierda, doblando las manos de tal modo que parecían dos asas de una vasija etrusca.

¡Señoritas! ¡Tápanse ustedes los oídos, porque están a punto de escuchar el estallido de un terrible pum!... Lord Spleen ya ha puesto sus dedos en los gatillos... ya... ¿Qué es y qué no es? Se oye un bla bla bla desde abajo que se convierte en un runrún y luego en un desbarajuste. El inglés descompone su figura de vasija etrusca, pone sus armas sobre la mesa y baja la escalera despacio y con flema mascullando entre dientes: "¡Paciencia y barajar! ¡Me mataré dentro de 15 minutos!"

El alboroto lo había originado el tabernero, que gritando enfurecido estaba golpeando con un poderoso bastón a Betta, su pobre hija, una chica muy apetecible, aunque rechoncha, pelirroja y con una cara que parecía sembrada de lentejas y unas manos que olían a friegue de platos. Lord Spleen se fue a preguntar con seriedad la razón de esos golpes. Entonces, el padre respondió que su Betta era una loca, una canalla, porque... ¡vaya!... no quería saber nada de casarse con el maestro del pueblo, quien poseía varias hectáreas de terrenos fértiles y era una copa de oro, una verdadera alma de nuestro Señor...

Entonces Betta le aconsejó que lo olvidara, porque ese maestro era un ser desagradable, un viejo mentecato que aspiraba tabaco, cuando ella estaba enamorada de un herrero, que, sí, tenía las manos y la cara tan negras como el cañón de una chimenea y era tan pobre como Job, pero tenía un par de ojos inteligentes y dos labios rojos como para tentar a Santa Úrsula y a sus once mil vírgenes.

—Miss Betty ¿cuánto tener of patrimonio su maestro? —le preguntó Lord Spleen, quien ya había pospuesto hasta la mañana siguiente la gran emoción de los pistoletazos.

—Vaya —exclamó el padre de Betta, añadiendo: Algo más allá de unas ochocientas liras...

—¡Miseria, mucha miseria! Paciencia y barajar, ¡ojalá hubieran sido libras esterlinas! Bueno pues, yo will hacer su herrero donación dos mil liras, no libras esterlinas. ¿Está usted contento, miss Betty?

Después de esa oferta, miss Betty lo abraza con ímpetu, el tabernero respetuosamente se quita el sombrero y el herrero sale de la puerta del sótano, donde se había escondido cuando llegó el severo padre. Le gustaría abrazar las rodillas del generoso inglés, besar a Betta y disculparse con el tabernero de una sola vez; pues acaba por trotar a casa alegremente, como si se hubiera convertido en el dueño de todas las bigornias del universo.

Una vez que el rumor del nuevo caso se ha difundido por todo el pueblo, se juntan dos violines, un clarinete y un contrabajo, y van popularmente a ofrecer una ovación musical al Inglés, al cual se le hincha el corazón y se le escapa para siempre el deseo de matarse. El malillo se dio cuenta de que en este mundo, después de que alguien haya comido, bebido, viajado y mujereado, le queda sólo una cosa por hacer, la más dulce de todas, que consiste en realizar una buena acción, justo como lo ha sido la de sacar las dos almas, la del herrero y la de la joven tabernera, del purgatorio del amor y transportarlas al paraíso del matrimonio. Ahora, al probar el fruto le ha gustado el sabor.

Esa noche, para desahogar el ardor de su felicidad, no encontró otra forma más elocuente que la de descorchar, escanciar y volver a descorchar botellas de barbera y grignolino. A continuación, logró a tientas algo mejor. Establecida su residencia en el pueblo, compró allí una magnífica finca, fundó una escuela práctica de agricultura, una caja de ahorros, donde los frutos del sudor pudiesen generar crías, un banco popular que prestase dinero a bajo interés para salvar a los pobres de las uñas de los usureros, una biblioteca popular, una sociedad de clase obrera, un almacén cooperativo, así lo llaman, para guardar los aprovisionamientos, una

arena gimnástica y un coro de orfeonistas.

En pocas palabras, se convirtió en la bendición de los habitantes de San Bartolomeo. El estuche de las pistolas ya no salió de la maleta en la que lo había colocado a toda prisa cuando oyó las primeras notas de los violines de la serenata.

**Traducción de Carlotta Bonsegna**